

Conferencia del 20 de octubre de 2012 con motivo de una sesión organizada por la Secretaría de Enseñanza Católica (Bélgica)

EL EVANGELIO EN EL ÁMBITO ESCOLAR

Las tres misiones de la escuela católica

Mi exposición estará dividida en tres partes correspondientes a las tres misiones de la escuela católica. La primera misión es la humanización -el servicio a la humanidad- según el espíritu y los valores del Evangelio. La segunda misión es el anuncio explícito de la Buena Nueva. La tercera misión es el acompañamiento en el despertar y la maduración de la fe. Estas tres misiones, estrechamente articuladas entre ellas, gozan sin embargo de autonomía. Están ensambladas y, al mismo tiempo, cada una de ellas tiene un fin que le es propio.

1.- Primera misión de la escuela católica: humanizar -servir a la humanidad- en nombre y dentro del espíritu del Evangelio.

Para comenzar la reflexión podemos invocar la bien conocida sentencia de San Ireneo, obispo de Lyon: “La gloria de Dios, es el hombre vivo”¹. La enseñanza católica puede hacer suya esta afirmación teológica y usarla también como inspiración para una manera de ser en el seno de la sociedad. En su fidelidad a Dios, la primera misión de la red de escuelas católicas es contribuir a hacer que el hombre tenga vida, que se desarrolle en plenitud, individual y colectivamente. Desde este punto de vista, la enseñanza católica es ante todo un servicio de humanización en beneficio tanto de las personas como de toda la sociedad. Ser más humano, salir de la violencia, construir la convivencia social es una tarea que no está determinada ni trazada de antemano. Requiere tiempo y trabajo. Y la institución escolar, en este aspecto, es un lugar privilegiado. Un documento reciente de la Secretaría General de la enseñanza católica en Francia subraya, citando a Juan Pablo II, cómo el servicio a la humanidad es la primera tarea de la Iglesia: “El hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión; él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención”². Este trabajo de humanización de todos (todas) y de cada uno/a responde a la vocación diaconal de la comunidad cristiana. Como lo señalaba con énfasis Pablo VI en su discurso de clausura del Concilio Vaticano II, la Iglesia está al servicio de la humanidad. “Una corriente de afecto y admiración, decía él, ha fluído desde el Concilio sobre el mundo humano moderno (...) Toda esta riqueza doctrinal (de la Iglesia) no busca sino una sola cosa: servir al hombre. Se trata en efecto de todo hombre sin importar su condición, su miseria o sus necesidades. Así, la Iglesia se ha declarado a sí misma servidora de la humanidad (...). La idea de servicio ocupó un lugar central en el Concilio”³.

La educación católica hace su aporte específico a este servicio a la humanidad poniendo a disposición de las personas y de la sociedad su tradición espiritual y pedagógica. ¿Cómo? Me gustaría señalar ahora cuatro rasgos esenciales que me parece que caracterizan, o deberían caracterizar, el trabajo de humanización dentro de la escuela católica.

¹ San Ireneo (circa 130-200) en su tratado *Adversus Hereses* IV 20:7

² Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, § 14, 1979. Texto citado por el documento de la Secretaría General de la Enseñanza Católica *Anonce explicite dans les établissements catholiques d'enseignement* (277, rue Saint Jacques, 75240, Paris Cedex 05), 2009, pág. 3.

³ Paulo VI, discurso de clausura del concilio Vaticano II del 7 de diciembre de 1965.

1.1. La importancia del estudio y su excelencia.

La primera característica de la educación católica es la de darle al estudio toda la importancia y la seriedad que éste merece. La escuela es, ante todo, un lugar donde se estudia. En la escuela, los estudios -las actividades de aprendizaje- son el primer lugar donde se efectúa la educación del joven, donde se forma su humanidad. Ejercitándose en el estudio el joven aprende las competencias básicas que construyen su humanidad: la capacidad de trabajo, el rigor intelectual, la organización del tiempo, la curiosidad, el espíritu crítico, la resistencia, la cooperación, la aptitud para la comunicación, la autoevaluación, etc. A través del estudio, el joven aprende a descubrirse poniendo a prueba sus talentos, sus gustos y sus deseos. De este modo se forja una identidad y se proyecta hacia el futuro. A través del estudio el joven también conoce el mundo. En este sentido, el estudio está llamado a jugar un triple rol de concientización y de despertar del deseo (“querer hacer”), de responsabilización (“deber hacer”) y de habilitación (“saber hacer”).

Concientización y despertar del deseo	“Querer hacer”
Responsabilización	“Deber hacer”
Habilitación	“Saber hacer”

Se trata en efecto de hacer al alumno sensible a los desafíos del mundo, de hacerlo responsable y que sea capaz de asumir esa responsabilidad o, en todo caso, de prepararse para ello. De este modo, por el estudio, por el aprendizaje de saberes y de técnicas, el joven le toma el gusto a la vida, le confiere sentido al mundo y se da a sí mismo proyectos de vida. Valorizando así al estudio, la educación católica se aparta de hecho de toda postura de proselitismo religioso. Su objetivo es luchar, a través del estudio, por la inteligencia contra todos los oscurantismos, por la libertad contra todos los autoritarismos, por la justicia contra todas las desigualdades. Es por esto que la exigencia primera, en nombre de la fe en sí misma, consiste en asegurar el rigor de los aprendizajes, poniendo todo en práctica, sobre el plan pedagógico, para que los jóvenes más desvalidos, los menos favorecidos, encuentren acceso ellos también a esa educación.

1.2. El apoyo de una tradición que “autoriza”, que hace “autor”.

Una segunda característica de la educación católica es la insistencia sobre el hecho de que no se aprende nada a partir de la sola subjetividad y espontaneidad. Siempre estamos rodeados por una cultura, por los conocimientos, las habilidades prácticas y sociales anteriores a nosotros, de las que nos podemos apropiar, no para simplemente repetirlas sino para crear algo nuevo. En esta perspectiva, la autoridad de la tradición, la autoridad de las ciencias, así como la autoridad de los profesores y del establecimiento educativo no están para aplastar y ahogar en una obediencia servil ni en la repetición sino, al contrario, para “hacer crecer”. La palabra “autoridad”, recordémoslo, viene del latín “augere” que significa “hacer crecer”. La autoridad de la tradición, de los educadores y de la dirección escolar está allí precisamente para “autorizar”, es decir, literalmente, para hacer a la persona “autor”, “actor” de su propia existencia a partir de los elementos que le son entregados en el acto de aprendizaje. Que el ser humano se convierta así en un creador libre y responsable de su propia existencia, es para la educación católica inscribirse en el proyecto mismo de Dios.

1.3. Una razón “amplia”, no solamente “instrumental”.

Una tercera característica de la educación consiste en subrayar que la “razón instrumental” -dirigida solamente a las competencias técnicas y la eficiencia- no es suficiente para garantizar la dignidad del hombre. “El hombre no vive solamente de pan”⁴, dice el Evangelio. Efectivamente, para ser humano no es suficiente con ser un buen consumidor o productor. Hace falta tener también una cultura general, una apertura a las cuestiones del sentido, una sensibilidad a las exigencias éticas y a los valores ciudadanos, una iniciación en las tradiciones filosóficas, espirituales y religiosas de la humanidad. Para que los jóvenes de hoy puedan enfrentar los desafíos del mundo contemporáneo, es imperativo que posean una “razón amplia” abierta a la búsqueda de sentido y al sentido de la responsabilidad. A ese respecto, es importante mostrarles que todas las ciencias son humanas porque ellas están hechas para los hombres y por los hombres. De ahí, la importancia hoy en día de poner las ciencias en una perspectiva crítica en cuanto al uso que se puede hacer de ellas para construir la humanidad del mañana.

1.4. Un entorno inspirado por los valores evangélicos

Finalmente, un cuarto rasgo que caracteriza a la educación católica reside en la convicción de que la institución escolar no es solamente un lugar de estudio, sino también un lugar de vida donde se practican, se transmiten y se aprenden un conjunto de actitudes y valores. La escuela es un entorno donde hay reglamentos, modos de actuar, modalidades de concertación, de participación, de decisión, etc. A este respecto, la enseñanza católica, tanto en su clima relacional como en su funcionamiento institucional, se esfuerza por poner en práctica un conjunto de valores que son los de las bienaventuranzas evangélicas: la acogida, la escucha, el diálogo, el compartir, la solidaridad, la tolerancia, la sed de justicia y de paz. “Felices ustedes todos y todas que son pobres de corazón, mansos, misericordiosos, sedientos de justicia, artesanos de la paz, el Reino de Dios es de ustedes”⁵. La apuesta del proyecto educativo de la enseñanza católica es entonces promover una humanidad que se deje inspirar por los consejos evangélicos: pobreza, castidad, obediencia. Entendámoslos en un sentido lato y de una manera nueva, como consejos portadores de vida que están dirigidos a todos. Estos consejos evangélicos, en sentido amplio, abarcan sucesivamente la relación con los bienes, la relación con las demás personas y la relación consigo mismo. El espíritu de pobreza efectivamente se refiere a la relación con las cosas. Educar en la pobreza evangélica es cultivar la preocupación por los pobres, comprometerse con la justicia y el bien común, saber vivir con una justa sobriedad y simplicidad, en lugar de tener como finalidad obtener el máximo provecho y la acumulación para sí de bienes de consumo. El espíritu de castidad no quiere decir acá abstinencia sexual, sino que en todos los dominios, incluido el afectivo, designa la virtud de la no violencia, de contención, de respeto al otro en su singularidad, su libertad y su misterio. En cuanto al espíritu de obediencia, hace referencia a la relación con uno mismo, que no es de un “self made man”. La palabra “obedecer” viene del latín “oboedire”, que significa, en su raíz, “escuchar, oír”. Desde este punto de vista, la obediencia cristiana es la capacidad de oír los llamados del mundo, los llamados de los demás, que precisamente nos movilizan, nos sacan de nosotros mismos. ¿Acaso no es la vocación aquello que desde el afuera nos llama, nos hace salir de nosotros mismos y configura nuestra identidad? Desde este punto de vista, la obediencia cristiana es una manera de conducirse en la vida y de llegar a ser uno mismo, dejándose tocar y alcanzar por los llamamientos del mundo y de las demás personas y, a través de ellos, de Dios mismo.

⁴ Lc 4,4

⁵ Mt 5, 1-10

Esta primera misión de la educación católica -la humanización, el servicio a la humanidad dentro del espíritu del Evangelio- es ya un fin en sí mismo puesto que participa del engendramiento en la vida que Dios da. El engendramiento en la vida de Dios comienza por la promoción de todo lo que es humano. La primera misión de la escuela católica es contribuir a este engendramiento. La pastoral escolar empieza con esta misión, pero no se limita a ella.

2. Segunda misión de la escuela católica. Anunciar el Evangelio, hacer resonar la Buena Nueva

Si la humanización según los valores del Evangelio es ya un fin en sí mismo, este fin no es el único. Porque además, en este camino de humanización, la enseñanza católica se propone hacer resonar explícitamente el mensaje evangélico. La segunda misión de la escuela católica, que se integra en la primera, consiste precisamente en hacer oír, de múltiples modos, la Buena Nueva y presentar la fe. La frase de San Ireneo, citada más arriba “La gloria de Dios es el hombre vivo” posee una segunda parte, “La vida del hombre, es la visión de Dios”. Esta segunda parte de la sentencia significa que el engendramiento del hombre a la vida que Dios regala está llamado a desplegarse en el conocimiento de Dios mismo y el agradecimiento amoroso a Él. Este reconocimiento de Dios es vivificante y participa de la comunicación de la vida en abundancia, según el designio de Dios. Pero para que este reconocimiento pueda producirse en el corazón de los hombres, es necesario que resuene la Buena Nueva. “La fe nace de lo que se escucha” -Rom 10, 17. Es precisamente la segunda misión de la escuela católica: hacer escuchar la Buena Noticia. Y esto me ofrece la puerta de entrada al segundo aspecto de mi reflexión: la enseñanza católica en su misión de anunciar el Evangelio y de presentar la fe.

¿Qué es entonces el anuncio del Evangelio en la escuela? ¿Cuáles son sus objetivos y sus modalidades? Deseo enunciar aquí algunos principios esenciales para comprender el anuncio dentro de la escuela y sus modalidades prácticas.

2.1. El anuncio del Evangelio: un acto de caridad, un fin en sí mismo

El primer punto fundamental que desearía subrayar es que el anuncio del Evangelio es un acto de caridad. El anuncio del Evangelio se agrega al servicio a la humanidad y lo prolonga como su despliegue suplementario y gratuito, abriéndole nuevos horizontes. Este anunciar el Evangelio del servicio a la humanidad, es un acto de caridad que es un fin en sí mismo, sea escuchado o no. Hacer resonar el Evangelio es ofrecer al otro lo mejor que se le puede brindar: la revelación del amor de Dios en el corazón de la existencia humana y la esperanza inaudita que esta revelación abre a nuestra existencia.

2.2. El deber de anunciar el Evangelio, el derecho de escucharlo.

Si el anuncio del Evangelio es un acto de caridad, es la caridad hacia el prójimo lo que lo hace un deber. “Caritas Christi urget nos”. En otras palabras, es el amor manifestado en Jesucristo hacia todos y todas lo que nos presiona a anunciar el Evangelio: “Es para mí una necesidad imperiosa, dice San Pablo. ¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!” (1Cor 9, 16). Esta necesidad de anunciar el Evangelio tiene su raíz en el mandato evangélico de amar. Es por eso que el anuncio debe ser hecho, según el apóstol Pedro, “con delicadeza y respeto”. “Estén siempre dispuestos a defenderse delante de cualquiera que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen. Pero háganlo con delicadeza y respeto” (1Pe 3, 15-16). Así, el anuncio se

realizará, no con espíritu de conquista, ni con temor, ni desde la voluntad del poder, sino con amor, de una manera suave, sin obligar, sin sujetar, sin acosar y sin caer en un chantaje afectivo. Si para el testigo el anuncio es un mandato de la caridad, para el destinatario es un derecho. La persona tiene efectivamente el derecho de escuchar la Buena Noticia y de descubrir, con alegría, con qué amor es amado y a qué esperanza está invitado. Por un lado, deber de decirlo; por el otro, derecho a escucharlo. Tal es la condición del anuncio en el seno de la escuela.

2.3. Un anuncio que no presupone la fe, que no la impone, pero la hace posible, comprensible y deseable.

El anuncio del Evangelio dentro de la escuela no presupone la fe de los alumnos y no la impone. Es un anuncio dirigido al alumno en el marco de su libertad como ciudadano; apela al ejercicio de su libertad religiosa. En efecto, la sociedad contemporánea da libertad religiosa al ciudadano. Y, en la escuela, el anuncio del Evangelio está dirigido al alumno ciudadano para que él pueda decidir libremente con conocimiento de causa. Desde esta perspectiva, la escuela cristiana tiene por objetivo hacer posible la fe. No tenemos el poder de contagiar la fe; ello es siempre una cuestión de gracia y libertad. Pero lo que sí podemos hacer, dentro de la escuela, es ocuparnos de ofrecer las mejores condiciones para hacer que la fe sea posible, comprensible y apetecible.

2.4. Los que realizan el anuncio y los destinatarios

¿Quiénes anuncian la Buena Nueva y a quiénes? Podemos distinguir tres tipos de testigos de la Buena Noticia. En principio puede tratarse de personas individuales que hablan en primera persona (“yo”) y dan testimonio del Evangelio. Puede también haber grupos: movimientos, asociaciones, comunidades que están presentes y comprometidas en el medio escolar. También puede serlo la misma institución escolar ya sea a través de sus discursos oficiales o por la voz de sus responsables. Es importante que estos tres tipos de testigos del Evangelio estén activos y acudan juntos a hacer escuchar el Evangelio de diversas maneras.

¿Quiénes son los destinatarios del anuncio evangélico transmitido de distintos modos por la escuela? Por supuesto son los alumnos, pero también el cuerpo docente y todo el personal administrativo y técnico de la escuela. Y no olvidemos que toda la ciudad es también destinataria del mensaje llevado por la escuela cristiana. La escuela es una institución pública. En este sentido, la escuela cristiana es una institución particular en el seno de la ciudad que hace escuchar, en la ciudad y para todos, la voz del Evangelio. La escuela católica, desde este punto de vista, es un testigo privilegiado de la función de servicio que la Iglesia brinda a la ciudad en nombre del Evangelio.

2.5. Las formas del anuncio

Las formas del anuncio pueden ser múltiples. Puede tomar una forma kerygmática cuando el testigo enuncia la fe cristiana de manera breve, inteligente, ardorosa, todo a la vez. Puede también adquirir una forma narrativa y testimonial cuando el testigo cuenta su propia historia y le da sentido al Evangelio en un relato de vida. Puede asimismo tomar una forma expositiva cuando se trata, como en un curso de religión, por ejemplo, de dar informaciones objetivas sobre la fe, la Iglesia y la vida cristiana. Hay también un modo dialógico (o apologético) del anuncio cuando el testigo, en el marco de un debate argumentativo, se esfuerza

por dar cuenta de la fe. Existe además una forma litúrgica del anuncio. Las celebraciones litúrgicas en la escuela son el lugar por excelencia donde puede resonar la Buena Nueva. Hay finalmente una forma cultural de anuncio, cuando se trata de conservar, en el campo de la cultura, la memoria del cristianismo, las huellas de su historia, su patrimonio artístico, sus valores éticos, su tesoro de espiritualidad, su reflexión filosófica y teológica. Los cursos de religión, las bibliotecas, las salas de documentación, la decoración de los locales, los símbolos, las obras de arte pueden ser, en el ámbito escolar, vehículos que conserven la memoria de la tradición cristiana, un tesoro al que cada uno puede libremente recurrir para vivir.

Resumiendo: la segunda misión de la escuela cristiana es hacer resonar la Buena Nueva. Esta misión se incorpora en la primera -el servicio a la humanidad- para prolongarla- El servicio a la humanidad es de hecho lo que hace creíble al anuncio y deseable a la fe. Unido al servicio a la humanidad, el anuncio es por sí y en sí un acto de caridad por el cual se ofrece al prójimo lo mejor que se le puede dar: la revelación del amor incondicional de Dios y la esperanza que abre para la vida. El anuncio puede ser múltiple por sus actores como por sus formas: kerygmática, narrativa, expositiva, dialógica, litúrgica y cultural.

Este anuncio como acto de caridad es un fin en sí mismo; es un don gratuito, generoso, que no hace cálculos, que no busca el resultado. Implica deshacerse de cierta lógica de las semanas evangelizadoras que se realizan. “El Reino de Dios es como un hombre que echa la semilla en la tierra: sea que duerma o se levante, de noche y de día, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo” (Mc 4, 26-27).

3. La tercera misión de la escuela católica: el acompañamiento del despertar y de la maduración de la fe. Tres condiciones favorables.

La tercera misión de la escuela católica es acompañar en la fe a quienes, libremente, se dejan tocar por el anuncio evangélico.

El anuncio no tiene como efecto inmediato suscitar la fe. Puede dejar indiferentes a sus destinatarios; puede suscitar un cuestionamiento, provocar una interpelación. Puede cuestionar y movilizar: “Y tú, ¿qué dices tú?” – “¿Quién soy yo para ti?” – “¿Qué te parece?”. Pero responder a estas preguntas demanda tiempo. Creer en Jesucristo, particularmente en la cultura secularizada de hoy, no es jamás un acto espontáneo que va de suyo. Hoy día, en nuestro contexto cultural, “no se nace cristiano, se hace cristiano”. La fe, desde esta perspectiva, es un trabajo, un alumbramiento, un itinerario que puede ser lento y difícil. El rol de la escuela católica, a este respecto, es precisamente proveer un entorno que no solamente permita sino que favorezca el libre despertar y la libre maduración de la fe. ¿Cómo?

Me gustaría desarrollar tres condiciones que me parecen esenciales para favorecer el despertar a la fe cristiana y su maduración en el medio escolar. Veamos esas tres condiciones esenciales.

3.1. Un entorno fraternal

La primera condición favorable para el surgimiento y la maduración de la fe en la escuela es que ésta ofrece un entorno fraternal. Recordemos, en la tradición catecumenal, cuando una persona se presenta para pedir el bautismo, no empezamos por enseñarle las verdades de la fe, sino que nos preocupamos, antes que nada, por rodearlo de un ambiente fraternal en el que se podrá apoyar para caminar en la fe. Lo mismo pasa en la escuela: la primera exigencia para posibilitar la fe y su maduración es la de velar por la calidad relacional. ¿Cómo?

En primer lugar, la escuela debe ejercer su función formativa y educativa en un espíritu evangélico de servicio, de acogida, de justicia, de cooperación y de preocupación por los más necesitados. La caridad

pastoral de la escuela se manifiesta primero en el contenido de los cursos, en el funcionamiento pedagógico, en las modalidades de su administración, en el modo de relacionarse la dirección, los profesores y los alumnos. En otras palabras, es la escuela misma, como institución formativa y educativa, la que está llamada a ofrecer a sus alumnos un entorno fraternal apto para hacer creíble al Evangelio y apetecible a la fe.

Pero este entorno fraternal del que acabo de hablar no está proporcionado solamente por la escuela como institución. Puede también ser construido por los grupos, comunidades o movimientos que, dentro de la escuela, ofrezcan libremente a los alumnos y a todas las personas relacionadas con el establecimiento, espacios de encuentro, de compartir, de convivialidad, de compromiso, de celebración en el nombre del Evangelio.

El entorno fraternal favorable al despertar y al crecimiento de la fe no es solamente de tipo institucional y comunitario; puede ser también de tipo interpersonal. No olvidemos este aspecto interpersonal de la caridad pastoral. Hoy día, en una sociedad secularizada, pluralista, los itinerarios son todos singulares. Esto requiere una atención a la persona en lo que ésta tiene de único. De ahí la importancia del coloquio singular, de la dinámica conversacional entre dos personas en la que un “yo” se dirige a un “tú” que le contesta como “yo”. Un camino de fe requiere cada vez más estos espacios de conversaciones personales, de una gran cercanía pero también de un inmenso respeto. La relación interpersonal encuentra acá su oportunidad. En la vida hay momentos decisivos, pasajes de una etapa a otra que requieren una presencia amistosa. La fe en Jesucristo es eminentemente personal. A menudo, estos encuentros fraternales interpersonales son decisivos para que se produzca la adhesión perdurable a la persona de Jesucristo.

Hagamos un resumen. El entorno fraternal necesario para el despertar y la maduración de la fe puede ser proporcionado por tres niveles interdependientes: institucional, comunitario e interpersonal. Estos diferentes niveles están llamados a articularse entre sí, de acuerdo con su especificidad, para proveer un suelo fértil para el surgimiento y el desarrollo de la fe.

3.2. Un trabajo de comprensión de la fe, apoyado en un contacto frecuente con las Escrituras

Un entorno fraternal, aunque es necesario, no basta para favorecer el surgimiento y la maduración de la fe. Hace falta también que la fe sea experimentada como algo sensato y pertinente a la luz de la razón. Por eso, la segunda condición propicia para la maduración de la fe que desearía explicar aquí: el trabajo de inteligencia de la fe.

Este llamado a un trabajo de inteligencia de la fe es particularmente acuciante dentro del ámbito escolar. Si el trabajo de inteligencia de la fe no se lleva a cabo en la escuela -que es el lugar por excelencia de formación del entendimiento- ¿dónde podrá hacerse? Los análisis sociológicos muestran que cuanto más formada culturalmente está una persona, más inclinada está a interrogar de manera crítica la fe religiosa, especialmente la fe cristiana. De ahí que sea imperioso el deber de la escuela cristiana de acompañar a los alumnos en su capacidad y deseo de preguntarse de manera crítica acerca de la fe cristiana y de ponerla a prueba en el plano de la razón.

Hoy, para crecer en la fe, es ineludible recurrir a un auténtico “trabajo” del lenguaje de la fe para llegar a una comprensión de la fe que pueda ser experimentada, con las palabras del lenguaje común, como plausible, pertinente, salvífica y deseable. Este aprendizaje de la inteligencia de la fe va acompañado de un desaprendizaje de ideas preconcebidas que a menudo son inadecuadas y erróneas. Las representaciones corrientes de la fe son, en efecto, a menudo falsas, desarticuladas, sesgadas cuando no deshumanizantes. En consecuencia, ayudar a los alumnos a progresar en la fe, es a menudo sortear sucesivamente un conjunto de obstáculos, gracias al diálogo, para alcanzar una comprensión más justa, más coherente, más humanizante de la fe.

La escuela dispone de diferentes medios para propiciar entre los alumnos una justa comprensión de la fe que la muestre racional y deseable a la luz de la experiencia humana. El conjunto de los cursos puede

contribuir a proporcionar conocimientos legítimos sobre el hecho religioso en la historia de la humanidad. Las clases de religión, en particular, sin presuponer la fe ni imponerla, pueden ayudar a los alumnos a desaprender las representaciones erróneas de la fe, a conocerla mejor, a abrir el debate acerca de ella. El objetivo del curso de religión es, por lo tanto, conducir al alumno a ejercer su libertad religiosa libremente y con conocimiento de causa. La escuela puede también brindar, fuera de las clases, espacios de libre expresión, de intercambio y de compartir de la fe cristiana.

Este trabajo de inteligencia de la fe en el medio escolar exige evidentemente un contacto frecuente con las Escrituras. Ello supone que la escuela promueva, progresivamente, una verdadera competencia en la lectura del texto bíblico. Trabajar en conjunto las Escrituras, con rigor y según diferentes métodos, es entrar en un trabajo de inteligencia de la fe y comienzo de un camino.

3.3. Vivir y reflexionar sobre experiencias significativas

La tercera condición favorable para el surgimiento y la maduración de la fe en el medio escolar consiste en ofrecer a los alumnos y al resto de los integrantes de la escuela la vivencia de experiencias significativas que los hagan pensar y dejen huellas duraderas.

Estas experiencias vitales en la escuela pueden ser de cuatro tipos correspondientes a las cuatro dimensiones fundamentales de la comunidad cristiana: *martyria* (testimonio), *koinonai* (convivialidad), *liturgia* (celebración) y *diakonia* (servicio). Podemos distinguir así, esquemáticamente, cuatro tipos de actividades:

- Actividades verbales (enseñanza, información, investigación, reflexión, debate, etc.)
- Actividades de celebración (liturgia, ritos, expresiones simbólicas)
- Actividades de encuentros fraternales (equipos de vida, fiesta, caminata, recreación)
- Actividades de servicio (voluntariado, acciones para lograr un mundo más justo, compromisos solidarios).

Lo importante es que estas actividades adaptadas al contexto escolar sean apetecibles, despierten la vida, hagan pensar y permitan una libre apropiación del mensaje evangélico. Dentro de esta dinámica, habrá que cuidar que estas actividades den lugar a momentos de reflexión sobre lo vivido. Este ejercicio de reflexionar sobre la experiencia es esencial tanto para la construcción de la subjetividad y de las convicciones personales como para el despertar y la maduración de la fe cristiana.

Para concluir. Relectura de las tres misiones de la escuela cristiana.

Hemos distinguido tres misiones de la escuela cristiana: la humanización en nombre del Evangelio, el anuncio del Evangelio y el acompañamiento en el despertar y el desarrollo de la fe. Estas tres misiones de la escuela cristiana pueden ser expresadas como un movimiento de figuración del Evangelio, de desvelamiento de las figuras y de transfiguración conforme al cuadro siguiente:

1ª misión	Humanización en el Espíritu del Evangelio	Pastoral de la figuración
2ª misión	Anuncio del Evangelio y propuesta de la fe	Pastoral del desvelamiento de las figuras
3ª misión	Acompañamiento en el despertar de la fe y su maduración	Pastoral de la transfiguración

Esto exige alguna explicación. El primer tiempo de la Pastoral es el de difundir las figuras del Evangelio, en este caso en el medio escolar. Difundir las figuras del Evangelio en la escuela es tener en ese ámbito signos, palabras, acciones y conductas que puedan “figurar” el Evangelio. ¿Qué entendemos por el término “figura”? Es un término que proviene de la retórica clásica y designa una palabra, una expresión, un signo que tiene un sentido doble: un sentido literal, por un lado, y un sentido figurado por el otro. Si yo digo, por ejemplo, “Es una hora avanzada”, el sentido literal es la información inmediata que doy sobre la hora. En cuanto al sentido figurado, podría ser “Es tiempo de partir” o “Estoy cansado”. El paso del sentido literal al figurado no es automático. Puedo no entender el sentido figurado. El paso del sentido literal al figurado es libre, supone una interpretación. La figura invita a una búsqueda, a un desvelamiento de un sentido más profundo. Tomemos un ejemplo del Evangelio. “Los ciegos ven, los paralíticos caminan” son una figura del Reino de Dios que ha llegado. La figura de la curación debe interpretarse y enunciarse como la llegada del Reino de Dios (sentido figurado). Leer el sentido figurado en una figura supone un trabajo de interpretación en un contexto dado. Desde este punto de vista, la pastoral de la figuración puede ser considerada como la difusión de signos (palabras o acciones) que poseen su sentido humano literal (por ejemplo, la sed de justicia) pero que también puede ser figura del Evangelio (la justicia como signo del Reino de Dios). El segundo tiempo de la pastoral consiste, por ende, en desvelar las figuras, en enunciar explícitamente su sentido evangélico. La pastoral del desvelamiento de las figuras anuncia el Evangelio; enuncia el sentido figurado y propone así una interpretación de lo que se vive en la escuela a la luz del Evangelio. Este anuncio abre la posibilidad al tercer tiempo de la pastoral: la pastoral de la transfiguración. Ella acompaña a las personas en su cuestionamiento, en su camino de fe, en su apropiarse personal, intelectual y existencialmente del Evangelio del cual la escuela da testimonio en palabras y actos. Esta apropiación personal del Evangelio conduce a la transfiguración de la vida.

Las tres misiones de la escuela cristiana que señalé, y a las cuales corresponden los tres tiempos de la pastoral, están estrechamente ligadas y condicionadas unas a otras. Pero, para finalizar, también quisiera subrayar que estas tres misiones de la escuela cristiana son asimismo autónomas; cada una es un fin en sí misma. La escuela, por su actividad formativa y docente, participa de la obra creadora y salvadora de Dios. Y este servicio, aún sin el anuncio explícito del Evangelio ya es un fin en sí mismo. El segundo tiempo de la Pastoral -el anuncio del Evangelio- viene a integrarse en esta humanización para iluminarla, para revelar su sentido a la luz de la fe. Este anuncio del Evangelio es un acto de caridad suplementaria que también es un fin en sí mismo. En cuanto al tercer tiempo de la Pastoral, éste abre, en la libertad y la gratuidad, un espacio de acompañamiento para el despertar y la maduración de la fe. Los tres tiempos de la pastoral están así estrechamente ligados, aun siendo autónomos. Se entrelazan con una lógica de “gracia sobre gracia”, para retomar una expresión del Evangelio de Juan (Jn 1,16); una lógica de “gracia sobre gracia” que nos coloca de manera duradera en la felicidad.



Instituto Superior de Catequesis Argentino
PENSAR LA CATEQUESIS